



Eve entra en casa con la prensa bajo el brazo y el correo entre los dientes. Lo primero que hace al atravesar el umbral de la puerta es mirar a distancia el aparato del contestador de voz. Cuando la lucecita roja parpadea significa que hay un mensaje y eso le pone la piel de gallina. En estos tiempos son muy pocos los que la llaman por teléfono, a excepción de su hermano y de las enfermeras que cuidan de él. Teme que, en cualquier momento, una de esas muchachas le comunique que Jessie se ha suicidado, tal y como lleva años repitiendo que va a hacer, o que sencillamente ha muerto de manera natural, tal y como los médicos han alertado que pronto sucederá. La cuestión es que hoy no parpadea, lo que viene a ser un nuevo motivo para considerar que este martes cualquiera se está convirtiendo, poco a poco y sin preverlo, en un día maravilloso.

Aunque son las siete de la tarde, la luz todavía entra a raudales a través de las ventanas.

Deja la prensa y el correo sobre una mesa de cristal cubierta por periódicos que ni siquiera ha hojeado y por cartas antiguas que nunca han sido abiertas. Se quita la fina chaqueta de hilo y sonrío al pensar que pronto no la necesitará.

Eve disfruta como una niña de las dos primeras semanas de verano. Después se le hace una estación insufrible. Pésima. La peor de todas.

Inquieta, se frota las manos ante el debate que se produce en su fuero interno: ¿Debería cenar ahora o esperar, al menos, media hora más? Sabe que si lo hace tan pronto volverá a tener hambre antes de medianoche y no dejará de pensar en el helado de chocolate que guarda en el congelador como un vestigio de una época pasada. La doctora se lo ha prohibido rotundamente.

Accede a la cocina y, todavía indecisa, abre la nevera y se inclina hasta meter medio cuerpo en ella. Los estantes están llenos de táperes con comida variada, parte de ella ya caducada: en realidad le da igual, porque últimamente solo tiene ojos para los muslitos. Lleva nueve días seguidos cenando lo mismo, pero es que desde que están a mitad de precio en Gristedes cada mordisco le sabe a gloria. Los observa de cerca y selecciona uno carnosos y otro más escuchimizado de entre la docena que hay en una bandeja. Los coloca sobre un plato que a continuación mete en el microondas, y lo programa para que se cocinen quince minutos a alta intensidad. Sale de la cocina y se frota de nuevo las manos con fruición.

Atraviesa el salón tratando de no tropezar con ninguno de los obstáculos que hay tirados por aquí y por allá: un carro de la compra repleto de botellas de plástico vacías que planea intercambiar en el CVS por monedas de cinco céntimos; una caja con un puzle para niños que unas semanas atrás encontró en el trastero, pero que está como nuevo y cabe la posibilidad de que un día de estos conozca a un chiquillo por la calle a quien se lo pueda regalar; un edredón con el estampado de una Barbie en tutú que no recuerda de

dónde ha salido, probablemente también del trastero que comparte con los inquilinos de la cuarta planta, pero que a ella le parece algo demasiado femenino como para permitir que se lo lleve el camión de la basura. Y como estas, hay un montón de otras cosas esparcidas por el suelo sobre el que ahora avanza con cautela.

El problema no es que sea desordenada, ni mucho menos sucia. Lo que pasa es que cada objeto que entra en su apartamento representa para Eve un proyecto de futuro «inamovible».

Se sienta en la butaca de cuero marrón y se queda mirando la pantalla oscura del televisor sin intención de alcanzar el mando a distancia. Prefiere reservarse para el programa británico que retransmiten en la FOX a las nueve de la noche. Por el momento, y hasta que los muslitos terminen de asarse, tiene un asunto concreto sobre el que meditar.

¿Cuál era su nombre? *Shit*. ¿De dónde ha dicho que es? *Holy shit*. Está segura que de Francia no. Segura no, segurísima. ¿Grecia? Tampoco. ¿Será ruso? Ni por asomo. Juraría que proviene de un país europeo con mucho sol... olivos... largas hileras de olivos que se extienden hasta el mar. Le gusta imaginarse que esos bosques ordenados e interminables trascienden la etiqueta de la botella de aceite con la que aliña las ensaladas... ¿España? Esto no suena tan disparatado.

Le cuesta creer que haya olvidado el nombre. Hace apenas diez minutos todavía estaban sentados juntos en el patio interior del edificio y, al despedirse, Eve le había pedido que se lo repitiera una vez más, y que lo hiciera despacio. Pero ahora es incapaz de recordarlo. Qué desastre. Se palpa los párpados con las yemas de los dedos y piensa que, en cambio, si supiese dibujar sería capaz de retratar su cara

con todo detalle, tal es la nitidez con la que se ha quedado impresa en su cerebro. Lo más gracioso de él es su pelo revuelto y lo más llamativo son sus ojos rápidos, avispados. Tiene la tez dorada y una mandíbula ancha bien afeitada. Su voz, aunque masculina, salta continuamente de tono como si todavía no fuera capaz de controlarla. Hay que reconocer que es apuesto. Al menos, a ella le ha parecido apto para interpretar el rol de rompecorazones en una superproducción romántica de Hollywood, si no fuera por ese acento ridículo que tiene al hablar en inglés.

Eve vive en el cruce de Broadway con la Calle 9, a dos manzanas de la Facultad de cine de la New York University. A menudo, cuando sale para hacer la compra o dar un paseo alrededor de la manzana, acaba de cháchara con uno de esos estudiantes ambiciosos. No hay nada que la revitalice más que conocer las inquietudes de los jóvenes de hoy en día. Además, no le resulta difícil camelárselos. En cuanto les menciona que una de sus obras de teatro se representó en Broadway y recorrió los escenarios del mundo entero, a esos chicos se les dilatan los ojos y la invitan a tomar café. La pena es que, después de una primera toma de contacto en alguna cafetería de Greenwich Village, son pocos los que la llaman. Y, de entre los pocos que se deciden a hacerlo, son poquísimos los que acaban yendo a su apartamento. En todo caso vienen una sola vez para intentar convencerla de que protagonice un documental de breve duración para clase, y en cuanto ella les dice que muchísimas gracias pero no, desaparecen sin dejar rastro.

No obstante, tiene el presentimiento de que el de hoy es diferente a los demás. Al menos no es estudiante de la NYU, lo que garantiza que no tendrá intención de desenfundar una cámara de video en el momento más inesperado.

¡Pablo! ¡Así se llama! Pablo. Pablo. Pablo.

Pablo pareció desubicado cuando ella le pidió la mano para cruzar el paso de peatones. No tenía prisa por ir a ninguna parte, eso lo había dejado claro, y él se había ofrecido a acompañarla no solo a la acera de enfrente, sino hasta el portal de su casa. Una vez allí, cuando Eve lo invitó al patio de su edificio, Pablo no se lo pensó dos veces antes de aceptar. Durante la charla, que duró un par de horas, descubrieron que tienen muchas cosas en común: no tienen descendencia, son los menores de cuatro hermanos. Ambos son guionistas, están solteros, son torpes, enemigos declarados de la tecnología, indiferentes a la moda, más hechos al silencio que a la música; tanto él como Eve disfrutan de la soledad, a ninguno de los dos les gustan las películas de terror, ni las bélicas, ni las comedias tontas y odian profundamente la mostaza. Al final de la tertulia Eve se llevó las manos a la boca en un ademán teatral: «Todas estas coincidencias me están empezando a dar un poco de miedo». Él se rio. Una oleada de sonidos arenosos que la hizo reír a ella también. Recuerda perfectamente la risa del muchacho. De Juan.

Juan. Juan. Juan. No lo quiere olvidar nunca.

La única diferencia evidente que existe entre ellos es que Juan tiene veinticuatro años y Eve ochenta y tres, aunque este detalle no se lo ha revelado y desea que a él le haya pasado inadvertido. No es que tenga intención de conquistarlo, ya no está para esos trotes. Simplemente piensa que nadie tiene por qué saber que es una mujer de edad avanzada; y menos alguien tan joven como él.

Se incorpora de un salto al escuchar la alarma del microondas. ¡El pollo está listo! O no. A veces quince minutos no son suficientes, recuerda, depende del grosor del muslito.